

en la escuela y los espacios institucionales vinculados a ella. Allí difícilmente la especialización y la autonomía alcancen para comunicarse con esos otros ajenos, otros con lenguaje opaco y conflictivo. La divulgación, liberada del roce y las asperezas gracias a la distancia del público, tampoco parece que alcance: en las aulas los cuerpos están demasiado cerca. Sin la espectacularidad ni el reconocimiento mediático, las instituciones escolares (objeto de infinita impugnación y diversas formas de menosprecio, lugar de anacronismos, contradicciones y frustración) son ni más ni menos los espacios donde se forja inicialmente la vida en común. ¿Qué filosofía quiere *hacer algo* ahí?

¿Qué hacer?



¿Qué “densidad filosófica” podríamos decir que posee cada una de esas experiencias? ¿Es una cuestión de cantidad, o se trata de experiencias cualitativamente diferentes?

ción y diversas formas de menosprecio, lugar de anacronismos, contradicciones y frustración) son ni más ni menos los espacios donde se forja inicialmente la vida en común. ¿Qué filosofía quiere *hacer algo* ahí?

Addenda

En las Dos Batallas que libra Megafón, la celeste y la terrestre, una de las primeras expediciones se proyecta al manicomio de la calle Vieytes. Allí Megafón se dispone a realizar la “Operación Filósofo”, el rescate y fuga del filósofo Samuel Tessler de dicho internado.

La degradación material y simbólica en las condiciones del macrismo nos lleva a inscribir la tarea filosófica en la tradición de esas Dos Batallas de Megafón, recordando que son complementarias porque es una misma lucha en distintos planos. No hay enemigos anacrónicos, creía Megafón, y los conflictos de los seres humanos no son muchos en lo esencial: se repiten a través de las edades. En esa lucha, como en la gesta de Megafón, hay *también* un lugar para el filósofo, *junto a* vendedores de biblias, afiladores, jugadores de fútbol, portuarios y periodistas jubilados.

Apuntes de coyuntura sobre política y cultura

PATRICIA DIP

I. Confesiones en voz alta

Probablemente nada haya más desafiante y riesgoso, tanto para filósofos como historiadores, como pensar el presente. Las férreas categorías de la lógica y los puntillosos registros de las fuentes nos permiten navegar por diversas aguas sin temor al naufragio. La actualidad, sin embargo, irrumpe convocante y nos exige la palabra sin dilación. Se trata de una exigencia legítima y trataré de responder a ella a partir de la escritura de una suerte de apuntes cuya modesta pretensión se agota en el intento de aportar una mirada crítica a la acuciante situación política, económica y social de la Argentina.

La crítica, si no quiere ser la crítica roedora de las ratas, no tiene más remedio que concentrarse, como punto de partida al menos, en uno mismo. Es por eso que recorreré ciertos conceptos heredados de la tradición político-cultural de occidente con el objeto de esgrimir las razones por las cuales hemos perdido la batalla cultural. Con esto me refiero lisa y llanamente al avance político ideológico de las derechas en el mundo y en la región, de la cual por supuesto, y lamentablemente, no somos una excepción.

Luego de una época caracterizada por el avance y la ampliación en materia de derechos, la inclusión de las minorías, la aceptación del otro, nos vemos sometidos a la lógica deformante del mercado y al retorno de lo reprimido, el neoliberalismo, que vuelve ya no como anunciara Marx, cómicamente, sino por el contrario como una tragedia cuyo final presagiado deberíamos, nosotros los intelectuales, haber, sino evitado (ya que no podemos arrogarnos esa función sin caer en la estupidez), por lo menos previsto.

De allí que las primeras palabras críticas se dirijan a nosotros mismos, los intelectuales, quienes no hemos logrado formular una

estrategia discursiva suficientemente persuasiva que sirviera para evitar la catástrofe de las escuelas cerradas en el conurbano bonaerense, la indignidad de la salud pública deteriorada, la realidad de las libertades mancilladas y de la gloria perdida del juramento de nuestro himno nacional.

Nosotros, los intelectuales, no hemos sabido actuar.

Qué?hacer



En este esquema de lectura los intelectuales juegan un rol muy importante, pues de ellos depende la organización de la cultura.

II. Civilización y barbarie

Cuando los intelectuales del siglo XIX se propusieron pensar la nación, surgieron las *Bases* de Alberdi, *El dogma socialista* de Echeverría, *Facundo*, de Sarmiento. Es decir, la función del intelectual no estaba dividida en compartimentos estancos, ni era necesario esgrimir argumentos metodológicos para preocuparse por la política y lo político. Los intelectuales del período fundacional gobernaban, escribían literatura, discutían políticas. El amplio espectro de especificidades que conforman hoy el campo intelectual impide que estas intersecciones se produzcan naturalmente. Entiendo que el objetivo del *dossier* de *Ideas* es justamente poner en cuestión la imposibilidad de estos entrecruzamientos, lo cual comparto y celebro.

Uno de los ejes fundamentales de ese tratado de geopolítica que resulta ser *Facundo*, es justamente la interacción inevitable entre civilización y barbarie, que extrañamente coincide con las apreciaciones de Walter Benjamin, para quien todo documento de cultura es un documento de barbarie. La dialéctica cultural lleva en su seno, como bien lo planteó Freud, el bien y el mal. Vista de este modo, la inevitabilidad de la cultura se convierte en el horizonte de sentido de las fuerzas en pugna que constituyen lo humano. Los bárbaros instintos se ven acallados por el imperativo cultural, que al mismo tiempo es constantemente cuestionado por aquéllos que puján por manifestarse. Este esquema de comprensión de lo cultural nos abandona en el pesimismo que caracterizó las reflexiones de Freud de los años treinta. Por la misma época, el problema de la cultura es pensado por Gramsci a partir de una matriz política que apunta

justamente a cuestionar el pesimismo en que nos abandona la idea de que la tensión entre civilización y barbarie es insuperable. En el modelo gramsciano la cultura no es un fenómeno que expresa las naturales oposiciones entre el amor y el odio, sino más bien un fenómeno histórico político que da cuenta de tensiones de orden social que pueden y deben ser superadas. En este esquema de lectura los intelectuales juegan un rol muy importante, pues de ellos depende la organización de la cultura. Me parece interesante recuperar el rol organizacional de los intelectuales como un punto a considerar a la hora de comprender qué hacer para confrontar el paradigma recesivo que bajo diversas formas se está imponiendo en la región.

III. La ilusión de la religión

El problema de la laicización de la cultura determina el horizonte teórico-práctico de la filosofía del siglo XX en distintas direcciones. La cuestión heredada de la discusión con el aparato cultural del hegelianismo encuentra en las figuras de Freud y Gramsci dos modelos de laicización contrapuestos en los resultados, pero complementarios en el diagnóstico. Es interesante señalar que los dos modelos de comprensión de la cultura, uno de carácter psicológico, concentrado en la relación del individuo con el entorno, y otro sociológico, preocupado por la conformación de un nuevo orden “intelectual y moral” de la mano del socialismo, se consolidaron a partir de la contraposición con lo que entendieron como la “ilusión de la religión”. Es importante desentrañar el meollo de la idea de ilusión, que Freud distingue de la falsedad y Gramsci asimila a la ideología, para darse cuenta de que estos pensadores no desechan de plano el fenómeno religioso, aunque se opongan a la religión, porque en este fenómeno descubren la clave para pensar la cultura y sus procesos.

En *El porvenir de una ilusión* la religión es presentada como el paradigma de las “representaciones culturales” y expresión de los deseos más antiguos del hombre. Su presencia es prueba de la fuerza de estos deseos, comparables con los deseos de protección que en la infancia son satisfechos por el padre. La clave hermenéutica para pensar este paradigma la introduce Freud cuando afirma que, si bien la religión es comprendida como una ilusión, no hay que confundirla con un “error”. A diferencia de la idea delirante psiquiátrica, que está en abierta contradicción con la realidad, la ilusión no

niega la realidad, sino que espera que su deseo se realice, aunque sea poco probable. Por eso la ilusión no es irrealizable.

La “ilusión de la religión”, a diferencia de lo que preveían los modelos de laicización de la cultura de principios del siglo XX, no ha sido desplazada sino más bien profundizada durante las primeras décadas del siglo XXI. A esta ilusión que es expresión de los deseos más íntimos del hombre se apela en el discurso político regresivo con el objetivo de dominar las conciencias de los votantes con el apoyo de diversos sectores religiosos. Nosotros, los intelectuales, tenemos que ser capaces de analizar el paradigma de las representaciones culturales con el objeto de revertir la dirección en que se ha utilizado. Para ello, sería muy útil detectar los elementos constitutivos de una estrategia comunicacional que acompañe este giro, tendiente a liberar las conciencias en lugar de adoctrinarlas.

Qué? hacer



Sin embargo, algo ha fallado en la comunicación del ideario progresivo para que fuera posible retroceder en las conquistas sociales hasta niveles de desintegración de los vínculos más primarios.

IV. Los derechos del hombre y el ciudadano

A la hora de discutir con Bauer la cuestión judía, Marx deslizó la idea de que los derechos del hombre y el ciudadano significaban una suerte de desplazamiento de los privilegios feudales a los derechos burgueses que, indudablemente, no podían satisfacer las demandas del proletariado. Teniendo *in mente* esta crítica radical a la burguesía podemos caracterizar la primera década del siglo XXI como una etapa de despliegue y ampliación de los derechos burgueses, que, si bien no logró expresar las luchas históricas de la clase trabajadora, promovió un modelo de inclusión, respeto por las minorías, educación de las mayorías, salud para todos y todas, al menos como ideario. Es sorprendente el poder que tienen las ideas.

Evidentemente, el actual ideario regresivo parecía impensable hasta hace pocos años. Sin embargo, algo ha fallado en la comunicación del ideario progresivo para que fuera posible retroceder en las conquistas sociales hasta niveles de desintegración de los vínculos más primarios. El desprecio por la educación pública y gratuita, expresado especialmente por el discurso gubernamental, pero que apela ciertamente a la adhesión de sectores de la sociedad civil que,

aun habiéndose vistos representados por el paradigma progresivo, asienten “inconscientemente” a éste, es sintomático de una estrategia discursiva que ha logrado imponerse y que es necesario considerar.

Si consideramos los elementos constitutivos de esta estrategia discursiva regresiva identificaremos, de modo inmediato, al menos cuatro; esta estrategia 1- apela a un “sentido común” fosilizado que recibe el contenido de la información sin la aplicación de ninguna reflexión crítica; 2- apela a una suerte de reduccionismo causal al que podríamos denominar, si se nos permite la expresión, “explicación mono-causal” a la hora de dar cuenta de las razones que provocan el malestar social; por ejemplo la corrupción que tanto en Argentina como en Brasil ha demostrado un alto nivel de efectividad y permitido el triunfo de la nueva derecha, vacua y prepotente en Argentina, y de la vieja derecha autoritaria en el caso de Brasil. 3- apela a la fe ciega e incluso al pensamiento mágico como método para transformar las condiciones adversas de existencia sin dar cuenta de las acciones concretas por medio de las cuales se lograrían estas transformaciones. En este punto el ejemplo brasilero muestra, como lo ha explicado el historiador de la Academia de Ciencias de Brasil, Boris Fausto, la injerencia de la iglesia pentecostal en el triunfo de Bolsonaro en los recientemente celebrados comicios. Por último, 4- como cuarto elemento podemos nombrar la apelación a consignas vacías de contenido político concreto y fuera de toda historicidad como son las nociones de cambio, hastío, revolución de la alegría, etc. La pregunta que aparece es: ¿cómo lograr apelar a formas de comunicación que no se reduzcan a la exposición formal de argumentos que no logran persuadir al campo popular? O, en otros términos, ¿cómo profundizar la unidad ideológica entre los intelectuales y las masas?

V. Del fracaso de la comunicación hacia un nuevo lenguaje

El Conosur se debate entre la extrema derecha y el desconcierto. El simple hecho de que Bolsonaro se haya presentado a elecciones en Brasil supone un retroceso inexplicable para el campo popular. Un candidato que niega explícitamente la legitimidad del sistema democrático no debería siquiera estar habilitado para presentarse a elecciones. Si el panorama nacional es desalentador, el regional, con Brasil a la cabeza del retroceso histórico en la aplicación de políticas inclusivas y

en la formulación de un discurso emancipatorio e igualitario, es aún mucho más perverso, pues se sustenta lisa y llanamente en el odio. Nosotros, los intelectuales, tenemos la obligación de reaccionar. El tiempo ha llegado en el que nuestras estrategias teóricas son irrelevantes si no logramos poner en el centro de la escena la verdad de los problemas que nos aquejan. Uno de estos problemas consiste justamente en la incapacidad para comunicar las conquistas que supimos conseguir.

Qué? hacer



Nosotros, los intelectuales, tenemos la obligación de reaccionar.

Un intelectual danés del siglo XIX, preocupado por la comunicación de la verdad, signada por el cristianismo, elaboró una estrategia de comunicación que merece ser reconsiderada ya que logró comprender el núcleo duro de la ideología reinante en cuestiones de convencimiento, cuestiones sensibles a la hora de defender las democracias latinoamericanas. Según su entender, para poder convencer al otro de que habita en el error es imperante hacer uso del discurso indirecto. ¿Cuáles son los lineamientos generales de este tipo de discurso? Mientras que las operaciones de la matemática y los planteos de la metafísica pueden ser transmitidos a todos y todas del mismo modo, pues refieren a la transmisión de un “saber”, cuando se trata de transmitir cuestiones de orden ético-religioso, –yo agregaría en la actualidad a las cuestiones que involucran el convencimiento político-ideológico–, no es posible recurrir al método directo, pues de este modo estamos condenados al fracaso. El único modo de incidir en el otro de modo tal que pueda considerar por sí mismo si acaso está en el error, no es la confrontación entre la verdad y la mentira sino la persuasión que le permita analizar el posible engaño del que es o ha sido presa.

La estrategia de la persuasión exige conocer y hablar el lenguaje del otro. Este principio básico de la comunicación persuasiva ha sido completamente ignorado por nosotros, los intelectuales, que solamente hablamos entre nosotros y para nosotros. En este contexto, no podremos progresar en la asunción de un discurso emancipatorio si no logramos vaciar la lógica identitaria de nuestros discursos. Las palabras constituyen horizontes de sentido y nombran nuevas realidades si son pronunciadas de manera convincente. Y el modo más convincente de hablar es inevitablemente la acción. Nuestros actos nos harán libres o cómplices de la desintegración moral y política del avance de las derechas en el continente.

Notas breves sobre la pregunta ¿qué hacer? en tanto filósofos

PAULA HUNZIKER

I

Elías Canetti recuerda el escrito de un autor anónimo, fechado una semana antes del estallido de la Segunda Guerra: 23 de agosto de 1939. El texto dice lo siguiente: “Ya no hay nada que hacer. Pero si de verdad fuera escritor, debería poder impedir la guerra”. Detrás de esta frase imposible, el escritor encuentra una fuerza por “lo general débil”, pero que a veces también destroza “la voluntad de responsabilizarse por todo cuanto admita una formulación verbal y de expiar incluso sus posibles fallos”.¹

Espero no ser acusada de un moralismo ingenuo, o al menos no con equivocadas razones, si digo que creo que nuestra tarea, o una de las tareas importantes que tenemos, en tanto filósofos, es la de resistir a la enorme tentación que nos ofrecen los diversos modos de “olvido”, disponibles e imperantes, de esa responsabilidad que incomoda nuestra escritura y nuestro “derecho a escribir”. No es el objetivo de esta breve reflexión una crítica de los modos en que hemos sido tomados por el género “informes”, o alguna de sus variedades, que ocupan de una manera irritante nuestras vidas en la universidad: estos textos están explícitamente dirigidos a “nadie”. Me refiero, más bien, a lo que escribimos “en tanto filósofos”, para alguien: nuestros pares, nuestras instituciones, nuestra universidad, nuestros amigos, nosotros mismos, el pueblo al que pertenecemos o al que pretendemos pertenecer.

Me hago eco, en este punto, del llamado socrático a la “segunda navegación”: escribimos porque nuestro trabajo es escribir –es efectivamente un trabajo, como bien señala la anterior editorial de *Ideas*–, pero

¹ Canetti, E., *La Conciencia de las Palabras*, México, Fondo de Cultura, 1976, p. 351.